

Capítulo 1

Os tengo que confesar que cuando mi abuela me regaló el cofre me sentí un tanto desilusionada. Con una sonrisa en los labios y como si fuera el día de la entrega de los Oscar, mi abuela me lo dio mientras me decía:

—Marinita... —para mi abuela, seré Marinita hasta que me salgan canas—, hoy es un día muy especial. A partir de ahora este cofre será tuyo. A mí me lo regaló mi abuela y a ella también se lo había regalado la suya. Como tú eres mi primera nieta, la tradición familiar continuará contigo.

«Menuda tradición —pensé—, regalar un cofre que ni siquiera se puede abrir».

Porque me olvidé de contaros lo más importante: nadie nunca, ni mi abuela, ni su abuela, ni la abuela de la abuela ni todas las abuelas de este mundo y de todos los otros mudos habían sido capaces de encontrar el mecanismo que hiciera que la tapa se despegara de sus enmohecidas paredes laterales.

Podría mentiros diciendo que gracias a mi inmensa inteligencia y a mi inquebrantable fuerza de voluntad descubrí la forma de abrir el cofre y conocer su contenido. Podría contaros muchas cosas, pero la realidad es bien otra. Cansada de intentarlo con todo lo que estaba a mano en mi mesa de estudio, decidí dejar el cofre junto a una ventana y ponerme a ver la tele. Unos minutos después, un gorrión, seguramente atraído por los vivos colores de la tapa, se posó encima del cofre y accionó con una



de sus patas un resorte que estaba oculto detrás de una piedra incrustada. En ese momento, en medio de un estruendo fenomenal y de una columna de humo blanco, apareció él.

Corrí a cerrar la puerta de mi habitación, no fuera que el cotilla de mi hermano se enterara de lo que había descubierto. Me restregué los ojos para poder verlo mejor. Ante mí estaba un anciano que no me llegaba ni a los hombros. Su pelo blanco hasta la mitad de la espalda y su barba, blanca también, le cubrían media túnica. Sobre su cabeza tenía un gran gorro que, al igual que la túnica, estaba adornado por figuras de soles, lunas y estrellas.

Lo primero que hizo fue recorrer su propio cuerpo con las manos, como comprobando que todo estaba en su sitio. Su boca dibujó una amplia sonrisa satisfecha,

hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz y se dio cuenta de que no estaba solo.

No podría decirnos quién de los dos estaba más asustado, si él o yo. Nos miramos durante unos interminables segundos antes de que él abriera la boca para decir de forma solemne:

Soy mago, adivino,
brujo y alquimista,
para servirle a usted,
estimada señorita.

Durante unos segundos me quedé petrificada e incapaz de decir ni una sola palabra. Cuando pude superar mi miedo inicial, me presenté yo también:

—Ho... ho... hola. Yo soy Marina.

Debo reconocer que mi presentación había sido un poquito menos original que la

suya. El hombrecito se quedó mirándome un buen rato a la espera de mi reacción. Lo único que se me ocurrió fue preguntarle quién era y qué hacía en mi habitación. Miró a su alrededor, fue hasta mi cojín preferido, se acomodó en él y, como si fuera el dueño de mi habitación, comenzó a relatar su historia. Según me contó, se llamaba Asdrúbal y era uno de los magos más famosos del reino de Aquitinia.

—¿El reino de Aquitinia? —le pregunté extrañada.

—Sí, Aquitinia. ¡El valiente y victorioso reino de Aquitinia!

—No me suena de nada —le dije mientras repasaba mentalmente la lista de países que había aprendido en el cole.

—Eres una ignorante y no mereces que sigamos hablando. ¡Llévame inmediata

mente a mi castillo y terminemos con esta farsa! —me dijo en tono autoritario.

Este estrafalario hombrecillo se mete en mi casa sin permiso, se sienta en mi cojín preferido, me dice que soy una ignorante y pretende darme órdenes. ¡Qué insolente!

—Mira, Asdrunguis..., o como te llames, ya soy lo bastante mayorcita para saber lo que tengo que hacer. De manera que si quieres ir a tu castillo, por mí no te cortes... Aquí está la puerta —le dije mientras cogía el pomo de la puerta y hacía el ademán de abrirla.

—¿Me vas a echar? —preguntó retán-dome.

—Si no te comportas, sí.

Se puso en pie con un gesto muy digno, clavó su mirada desafiante en mí y se encaminó solemnemente hacia la puerta. Sin embargo, poco a poco su firmeza

comenzó a flaquear y sus pasos se hicieron titubeantes. Apartó su mirada de mí y se asomó por la ventana de la habitación. Creo que en ese momento se dio cuenta de algo muy importante: no tenía la menor idea de dónde se encontraba.

Se sentó de nuevo y, cogiéndose la cara con las dos manos, meditó un par de minutos. Finalmente, levantó la cabeza y volvió a hablar, pero esta vez con un tono dulce y respetuoso algo forzado:

—Señorita, señorita, no tienes por qué tomarlo así... Yo solo intentaba que me ayudaras a regresar a mi pueblo. No debe de quedar muy lejos, porque apenas hace un ratito que salí de allí.

Se quedó mirándome con cara de «pobrecito» y, como no soy rencorosa, yo también cambié el tono e intenté ayudarle.

—La verdad es que es la primera vez que oigo hablar de tu pueblo. ¿Dónde queda?

—Es lógico que no lo conozcas. Está escondido en un valle entre las montañas más altas, lejos de cualquier camino conocido. Para que te hagas una idea de lo escondido que está, te puedo contar que hace un par de años Carlomagno pasó con su ejército a solo dos leguas de allí y ni se dio cuenta...

—¿Carlomagno? —lo interrumpí.

—Sí. El rey de Francia. El emperador Carlomagno. ¿No me irás a decir que tampoco lo conoces? —dijo, a punto de echarme otra bronca.

—Sí, me suena de las clases de historia. Pero eso pasó hace muchísimos años. En el siglo XII, creo.

—Sí, claro. Pero...

Se levantó dando un salto y volvió a asomarse a la ventana. De repente tomó conciencia y se derrumbó sollozando.

—Ahora caigo en la cuenta. No solo me alejé en la distancia de mi pueblo. ¡También me alejé en el tiempo! Esto debe de ser el siglo XIII o XIV. ¿No es así?

—Estamos en el siglo XXI —le dije con miedo a que volviera a llorar.

—Siglo XXI, ¡son muchísimos siglos! —se lamentó haciendo pucheros.

Entre sollozo y sollozo logré que me relatará su historia: me contó que era uno de los magos más famosos del reino y que había dedicado los últimos años a intentar inventar un encantamiento que provocara la felicidad de toda la gente. Un día, su ayudante le llevó ese cofre y dentro de él encontró el *Libro de la Sabiduría*. Comenzó a leerlo y repitió en voz alta las primeras

palabras mágicas que estaban escritas. Sin saber cómo, se sintió transportado fuera de su laboratorio. Flotó por los siglos de los siglos hasta que apareció en mi habitación.

—Tengo que recordar el encantamiento que me permita regresar a mi tiempo —dijo pensativo—. Tengo que recordar el encantamiento que me permita regresar a mi tiempo —repitió, como dándose fuerzas—. Tengo, tengo... Tengo hambre. ¿Me puedes traer algo de comer?

—En un pispás —le dije y fui en busca de mi merienda para compartirla con él. Bueno, esa era mi intención, porque la verdad es que solo me dejó las miguitas.

¡Cómo comen los magos alquimistas!